Meloir no contestaba y permanecia sepultado en su sombría meditacion.

Cuando hubo llegado á tierra firme se volvió precipitadamente hácia Gueffes.

—¡Tú fuistes quien prendistes fuego á la aldea! dijo.

—No señor; fueron vuestros soldados.

—Debiste ser tú. No te se castigará.... si me dices dónde está Maurever.

—Diré á mi querido señor donde está Maurever, repuso Gueffes con perfecta seguridad, bajo la condicion de que se me dará: 1.° Cien escudos de oro; 2.° la cabeza de Juanillo el pescador de mariscos; y 3.° la hija de Simon le Priol, Simoneta, de quien pretendo vengarme cuando sea mi esposa.

X.

Gueffes se va á la guerra.

Meloir detuvo su caballo y miró á Vicente Gueffes.

Este no bajó los ojos.

Meloir estaba cansado. Algunas gotas de sudor brillaban en sus sienes.

— Es lo mismo que si vendiera el alma á Satanás, pero no importa. Tendrás los cien escudos de oro, la cabeza de Juanillo y la linda Simoneta.

— ¿Qué garantías me dais?

— Mi palabra de caballero.

Acaso Vicente Gueffes habria preferido otra cosa, pero no se atrevió á decirlo.

—La palabra de un ilustre caballero cual vos vale por todas las garantías del mundo.

Picó espuela para hacer que su caballo se colocase en la misma línea que el de Meloir, y repuso:

—El traidor Maurever tiene ahora compañía. Las gentes de la aldea han ido á reunirse con él despues que vuestros soldados..... porque vuestros soldados fueron, señor..... Yo hice cuanto pude para impedirlo.

—Me fio de tí, maese Vicente.

—Soy un hombre pacífico, y esa catástrofe ha afectado gravemente mi corazon. Decia, pues, que encontraremos al lado de Maurever á los labriegos de la aldea de San Juan, y además á su hija Reina, que tan bien se burló de vos, la otra noche, cortando los cordones de vuestra escarcela.

—¿Era Reina? exclamó Meloir.

—Hubiera podido heriros con vuestra propia daga en la garganta, señor, si hubiera querido..... Continúo, pues. Encontraremos tambien, probablemente, á ese engendro de caballero, el Sr. Aubry de Kergariou.

—¡A ese, confúndale Dios!

—Amen, mi querido señor. Por consiguiente, no es ya una jauría lo que necesitamos, sino un ejército.

—¡Un ejército! dijo Meloir encogiéndose de hombros. Un ejército para reducir á dos docenas de palurdos y á algunas mujeres. ¿Están por ventura en alguna fortaleza?

—Sí, señor, respondió Gueffes.

—¿No estarán al menos en el convento del Monte San Miguel? exclamó Meloir.

Gueffes volvió la cabeza á uno y otro lado con irónico ademan.

—La verdad, contestó, si no están allí sera porque no quieren, pues vuestro duque Francisco se halla muy en baja entre aquellos monjes. Pero, en fin, lo cierto es que no están allí!.... Solo que desde los muros del convento que domina á la ciudad se les ve bastante bien.

—¿Están en Tombelene?

—Vos lo habeis dicho, señor. Se les ve bastante bien remover sus rocas y cerrar el recinto. Entre ellos hay buenos brazos, señor, y buenas cabezas, porque su fortin va tomando buenas formas.

—¡Hombres de armas! gritó Meloir, ¡á galope!

Los pesados caballos hirieron la arena con acompasados golpes. Pasaban á la sazon por delante de la aldea de San Jorge.

Gueffes, aunque algo chalan, no era jinete de primer órden; se agarró á las crines de su cabalgadura, y galopó así al lado de Meloir.

Varias veces quiso proseguir la conversacion, pero el movimiento del caballo y el viento dela playa le cortaban la palabra.

Cuando la cabalgata atravesó el sitio en que la pobre aldea de San Juan de las Playas elevaba poco antes sus ocho ó diez cabañas, Meloir volvió á otro lado la cabeza.

Vicente Gueffes pensaba:

—Todas esas buenas gentes se burlaban de mí, reian cuando yo pasaba, y los niños decian: «Allí viene la mandíbula del normando.» La mandíbula tenia dientes, ha mordido, y nada mas.

Y miraba los sitios negros que indicaban el incendio.

Era un bribon sin flaqueza alguna, que no tenia nervios ni corazon.

La tropa de Meloir se hallaba acampada en aquel momento en el patio del castillo de San Juan. Los hombres de armas ocu-

paban la sala en que hemos asistido á la cena triunfante de la primera noche.

Mucho habian variado las cosas desde entonces, segun parece, aunque no hubieran trascurrido desde aquella famosa cena mas que cuarenta y ocho horas escasas.

En el patio los soldados y los arqueros tenian un aspecto triste.

El mismo Belissan, el montero, reñia sin motivo alguno á sus grandes lebreles de Rieux.

Sin embargo, durante aquel dia habian llegado siete ú ocho lanzas de Saint-Rieuc.

—Hola! ¡que se preparen á marchar! gritó Meloir al entrar en el patio.

Por lo general esta órden encontraba á los soldados alertas y gozosos; aquella tarde se pusieron en movimiento lentamente y como de mala gana.

¿Era el convencimiento de su atentado de la noche anterior? Nadie se atreveria á afirmarlo. En todo tiempo el soldado se ha perdonado á sí mismo muchas cosas, pero los hombres de armas que acababan de llegar llevaban noticias. La mano de Dios se hacia sentir sobre la cabeza del duque Francisco de Bretaña. Todos le abandonaban, y se aguardaba con singular impaciencia el momento fatal fijado por el emplazamiento de Mr. Gil. Nadie dudaba que Francisco hubiese de ir antes de trascurrir cuarenta dias ante el tribunal terrible á donde le llamaba su hermano.

Ahora bien, la historia, tan variable en todas sus demás enseñanzas, nunca se ha desmentido acerca de este hecho: «los príncipes á quienes declara la guerra la idea religiosa están perdidos.»

Ya sea que una excomunion caiga sobre su rebelde cabeza desde las alturas del Vaticano' ó que la conciencia popular se

ponga en el puesto y lugar de los rayos de la Iglesia, siempre sucede lo mismo.

En aquella ocasion la voz del sepulcro era la que se habia alzado, y la voz de los muertos es la voz de Dios, como la del Papa ó la del pueblo.

En el momento en que el caballero Meloir pasaba el umbral de la sala en que se hallaban reunidos sus hombres de armas, cesó bruscamente una discusion muy viva y acalorada.

Meloir solo pudo oir algunas palabras, pero que fueron para él una explicacion muy suficiente.

Kerabel y Fontebrault se levantaron á un tiempo al verle acercarse.

—Señor, le dijo Kerabel, voy á volverme á mi castillo de Huelduc, hácia Hennebont, si teneis á bien permitírmelo.

—¿Y por qué? preguntó el caballero frunciendo el entrecejo.

—Porque mi cosecha va madurando, contestó el buen hombre de armas con cierto embarazo.

—Lléveme el diablo si tú te cuidas de la cosecha, Kerabel; pero vete á donde quieras, estás libre.

—Os doy las gracias, señor.

Kerabel se inclinó y salió.

—¿Y tú, Fontebrault, dijo Meloir, tendrás tambien el capricho de ir á ver madurar tus trigos y centenos?

—He recibido aviso, señor, replicó gravemente Fontebrault, de que mi mujer está de parto.

—¡Ira de Dios! exclamó Meloir, eso es cuenta del médico cirujano, compañero.

—Si lo teneis á bien, señor, voy á volverme hácia la parte de Lamballe, en donde está mi morada.

—¡Ira de Dios! ¡ira de Dios!

Fontebrault se inclinó y se despidió.

Meloir dirigió una mirada hácia los hombres de armas que quedaban, y vió á Roche-Mesnil que se levantaba.

—Tú no tienes mieses ni mujer, Roche-Mesnil, exclamó; te advierto que esta noche habrá batalla. Si quieres marcharte despues de oir esto, recaiga sobre tí la vergüenza.

—Si hay batalla me quedo, repuso Roche-Mesnil, pero despues de la batalla me voy.

—¿A dónde?

—Hácia Guerande, en donde mi señor primo Joucher me ha dejado unas salinas al pié de su hermoso castillo de Carheil.

Meloir se dejó caer en el único sillon que habia en la sala.

—¡Ira de Dios! ¡ira de Dios! ¡ira de Dios! murmuró por tres veces.

Y esto probaba que se hallaba en notable embarazo.

—¿Hemos llegado ya á ese extremo? repuso. Yo creia que aun teníamos, por lo menos, veinte dias disponibles.

Como se ve, entre él y los demás no era ya mas que cuestion de semanas.

Permaneció un instante pensativo y luego se levantó de improviso.

—¡Vamos, Roche-Mesnil, dijo, vé á ver las salinas que te ha dejado tu señor primo Joucher en Carheil, y llévete el diablo!

Roche-Mesnil no se lo hizo repetir.

Meloir miró á los que quedaban, y exclamó:

—Ya se han marchado las ovejas; ahora no quedan mas que los lobos. ¡Ea! ¡Valor, hijos mios! Un baile postrero y que sea bueno. Despues, si es preciso, tendremos quince dias para estipular la paz con el futuro duque, á quien san Salvador proteja, añadió levantándose la toca que sustituia al casco conquistado por Aubry de Kergariou.

Esta pequeña arenga produjo bastante efecto.

Pean, Coetandon, Kerbehel, Corson, Heacoat y otros muchos se levantaron y dijeron:

—Estamos dispuestos.

—Pues entonces, comencemos el baile, dijo Meloir con voz de mando.

Cada uno de ellos tomó sus armas.

No se dejó un soldado en el castillo.

Belissan recibió el encargo de llevarse los lebreles que habian de ser encerrados al pié de la capilla de San Auberto, en el Monte San Miguel, con el fin de cortar la retirada á los proscritos, si les ocurria intentar la fuga por las playas.

A la caida de la tarde la cabalgata salió del castillo, seguida de los arqueros y soldados, formados en buen órden.

Maese Gueffes iba entre ellos.

Por lo demás, hallábase cumplido su buen deseo. Era un verdadero ejército, un ejército tres veces mayor de lo que, segun todas las apariencias, se necesitaba para vencer á aquellas pobres gentes refugiadas en Tombelene.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA ALFONSINA U. A. N. L.

TERCERA PARTE.

LA CACERIA.

I.

Antes de la batalla.

En Tombelene habian comido alegremente, porque la alegría se introduce en todas partes, aun en un retiro de proscritos.

Solo que habia allí tantas bocas abiertas en comunicacion directa con excelentes estómagos, que una sola comida bastó para sepultar casi en su totalidad las provisiones llevadas. Los muchachos y las mozas devoraban.

Aquella gran familia, formada por todas las familias de San Juan reunidas, comenzó á reflexionar, mirando los restos del festin, y el resultado de las reflexiones de cada uno fué el siguiente: